

Todo por nuestro bien

EL INVERNADERO

Autor: Harold Pinter. Intérpretes: Gonzalo de Castro, Ricardo Moya, Tristán Ulloa. Dirección: Mario Gas. Teatro de La Abadía de Madrid.

J. VALLEJO

Hablan de la institución donde trabajan como si de una casa de reposo se tratase, pero, a juzgar por el desapego que sienten por los internos, parece que se trata más bien de un campo de concentración. En *El invernadero* (1958), Harold Pinter da la palabra a los verdugos y deja a sus víctimas en un inquietante fuera de campo: ni las vemos ni las oímos, salvo a Lamb, empleado servil que corre a colocarse la soga al cuello encantado. En el estreno en España en castellano de esta comedia negra fundacional del teatro del absurdo, que pasó en 2004 injustamente inadvertido por la condición económica modesta de Ultramarinos de Lucas, la compañía castellanomanchega le imprimió una atmósfera expresionista centroeuropea asfixiante, como la que envuelve a la judicatura en *El proceso* (Kafka) o a la Administración pública en *El comunicado* (Havel).

Este Pinter inaugural, en el que el autor británico no había



Ricardo Moya (izquierda) y Tristán Ulloa, en *El invernadero*.

definido aún su poética, tiene el hechizo de lo que está en flor y transmite un desasosiego abismal. El montaje estrenado en La Abadía resulta menos opresivo y tiene un aire más occidental y contemporáneo que el otro, aunque su escenografía y vestuario evoquen los albores de los años sesenta. El montaje de Mario Gas le coge el pulso al texto hacia la mitad, en la divertida pantomima del whisky, pero ya antes, en las escenas en las que Lamb se va perfilando como víctima, aparece nítidamente definido el ambiente amenazador que debiera asomar el colmillo desde la primera escena. Tristán Ulloa perfila a la perfección la máscara imperturbable de Gibbs, cuya sonrisa perenne corta la respiración. Carlos Martos hace de Lamb una alegoría exacta del apocamiento y la sumisión. Gonzalo de Castro comienza demasiado arriba, pero imprime a Roote una estupefacción genuina e Isabelle Stoffel le presta a Cutts un peligro sexual entreverado de frío polar. Jorge Usón debiera interiorizar y filtrar el cinismo extremo de Lush.